

EL PAPA COMO CENTRO DE UNIDAD

Por Mgr. FELIX HENAO BOTERO

Cinco millones de peregrinos llegados a Roma desde todas las comarcas de la tierra, contestaron **Amén** cuando el Romano Pontífice los bendecía desde la Loggia de Bernini. El latín, símbolo de la tradición y supérstite de la cultura, fue la explosión multitudinaria de un mundo en congoja.

Quien llega al Vaticano palpa la unidad de la Iglesia de Cristo que cobija por igual a los hombres de color, a los misteriosos hijos del sol naciente, a los rubios septentrionales, al latino y al hombre americano. Nadie se siente ajeno a la casa paterna junto al Papa; ningún peregrino dejó de redimirse; los ateos, los comunistas, los cismáticos, los volterianos, salieron derribados por la lumbré de su palabra enardecida en el amor al Señor y en el compadecerse de la familia humana.

El Papa es la unidad. El budismo se ramifica y desdibuja en cada sol; el sintoísmo japonés entró en coma cuando el emperador tuvo que decirle a su pueblo que su real familia no tenía sangre de los dioses sino carne mortal; los protestantes son cada día menos profundos en teología y más dispersos en la interpretación de las Escrituras. Nadie sabe a esta hora si el pensamiento luterano está vigente, o si los reformistas presiden la orgía espiritual de una religión que está disgregada en tantas sectas cuantas capillas erige. El protestantismo cambia de dogmas como de trajes las mujeres. Y si logró dividir el sentido europeo de la vida, está contribuyendo con el dinero y poderosos medios de propaganda a dividir el sentido histórico de la América latina. Los agentes del imperialismo norteamericano son los protestantes porque los católicos de Estados Unidos nos respetan y nos quieren.

El Pontificado representa los concilios ecuménicos, asambleas que salvaron las viejas civilizaciones humanas y la divina verdad del Verbo de Dios. Los protestantes no admiten los concilios, luego no tienen abolengo en la historia, ni directrices, ni normas. Y el mundo de la cultura se rige por normas porque la anarquía es el desgobierno del espíritu.

Roma cristiana hizo posible a Europa y bendijo a Isabel cuando equipaba las carabelas con tercios castellanos en cuyo pecho cora-

El Papa Como Centro de Unidad

judo temblaba el crucifijo. Los mástiles que contemplaron el dominio de la tierra por el hombre, no traían la reforma en sus pendones, sino la contrarreforma en sus proas inmortales. La cultura apareció en América cuando el signo de la unidad fue clavado por Colón en la Isla descubierta, al mismo tiempo que de las alforjas del gran Almirante salían el Fuero Juzgo y las Siete Partidas, eco remoto de los concilios de Toledo y de los cánones del Evangelio predicado por Pablo de Tarso en Roma y por San Pedro en las callejuelas del Tíber, junto a las columnas del Imperio o en la cárcel mamertina.

Un siglo más tarde apareció la cultura sajona en el continente, una cultura fría con el negro, hostil al indio americano, cuáquera y metodista, desvaída y pobre en los contenidos religiosos.

La nueva cristiandad no se reconstruye con tanques o rasca-cielos, con el átomo disgregado y mediante la supresión de las distancias. Superior el espíritu al espacio y superior la tradición al siglo nuevo, y superior la unidad religiosa a la Babel protestante, es un retroceso cambiar la unidad por la dispersión, la casa paterna por la hospedería mercantil.

El Papa es la verdad en la unidad. Sus discursos son promulgados por la prensa de todos los matices y religiones y aún por los escépticos, ya que esa voz interpreta el corazón de Dios y las bienaventuranzas, código del amor divino. ¿Quién sabe hoy qué piensan los espiritistas, verbigracia, o los masones que se esconden a pensar, o los comunistas que cambian de táctica en todos los países y mienten predicando la paz e imponiendo el terror, o los protestantes de Inglaterra, de Estados Unidos o del norte europeo? No son capaces de congregar el pensamiento de una de sus mil sectas los hijos de Lutero. Unos niegan la Eucaristía y otros desean restaurarla; éstos abolieron la confesión y se quedaron sin fortaleza interior ni regeneración; aquéllos odian a Nuestra Señora o ignoran que las catedrales de la Madre de Dios crearon a Europa; los de más allá no han oído hablar del Espíritu Santo como los antiguos samaritanos; esotros desconocen la infalibilidad del Papa y no quieren saber que la más nutrida diplomacia del orbe acampa jubilosa junto a la cúpula de Miguel Angel; quienes rechazan el bautismo retrocediendo veinte siglos en la humana dignidad; unos no estudian las vidas de los santos que son los héroes del humano linaje. Por eso la filosofía protestante es débil y su teología blándula y los pueblos que siguen sus doctrinas admiten el divorcio que es homenaje del error a la pasión y disuelven la familia con la limitación de la prole, admitida por no pocos pastores y aún practicada por ellos con ofensa del Creador y contumelia. El Pontificado defendió al Occidente contra la medialuna y los mongoles; el Pontífice romano, tan distante de las tesis capitalistas como de las comunistas, ha influido en todas las constituciones modernas para humanizarlas y en la legislación social, canon y conquista trabajosa del siglo que vivimos.

Vaya el artista a Roma o a Madrid, a Florencia o a Colonia, a Londres o a Nueva York, y se encontrará con que los prodigios del arte acumulado en sus museos tuvieron a Roma por Mecenas y a los Papas por tutores. Escúchese la música de los grandes artistas y de-

léitese al saber que fue la teología católica la insufladora indeficiente. Descienda el hombre de nuestro siglo hasta la tranquilidad de un hogar campesino y pásmese de una posición fuerte ante la vida, aprendida en la pedagogía del Padre Astete; escuche el historiador el mensaje de los próceres americanos, vaciado en las primeras constituciones de América y verá que ninguno de nuestros grandes libertadores se separó de Roma cristiana. Morelos, Hidalgo, Bolívar, San Martín, Artigas y Sucre fueron católicos por la gracia de Dios; como fueron católicas las reducciones del Paraguay y los pueblos de los llanos orientales; como fueron católicas las universidades de la Colonia; como son católicos todos los municipios de Colombia y de América latina porque antes de aparecer la justicia civil y el municipio, la parroquia ya existía y fue su creadora.

El Papa es la unidad en la doctrina que le garantiza al hombre la dignidad en esta vida y la eterna felicidad de la promesa.

Sus máximas son de una nobleza encantadora y tornan amable hasta el dolor. Oídas por boca de León XIII, de Pío IX, del antiguo patriarca de Venecia, Pío X, hoy en los altares, de Aquiles Ratti o de Pío XII: Cristo es el camino del cielo, la vida de la gracia, la verdad eterna; vuestros pecados os son perdonados si amáis la restauración del sacramento; bienaventurados los que sufren persecución, los pobres, los castos, los misericordiosos; las riquezas no son instrumento de dominio sino mera administración de la cual tomará cuenta estricta el Padre de la viña; venid a El todos los que sufrís que El os aliviará; el que diere el vaso de agua al sediento o el vestido al desnudo, o el asilo al expatriado, o la compasión al afligido, tendrá una morada en el Reino; el matrimonio santifica el amor; el sufrimiento es sagrado cuando Cristo nos da la fortaleza y nosotros aceptamos la mano que nos hiere; el Padre es caridad, el Hijo la Redención, el Espíritu Santo el Consolador.

Dios, continúan los Papas, dirige a los gobernantes que se sacrifiquen por el bien común; a los profesionales que amen su misión como a un apostolado; a los trabajadores que cumplan su deber como medio de santificación; a los ricos que su salvación está en los bolsillos del pobre como decía San Juan Bosco; a los sacerdotes que se inmolen por el pueblo y sean limpios y desinteresados como el Buen Pastor. Dice a las naciones que sin el Evangelio van a la disolución; a los magistrados que la justicia no va reñida con la equidad ni con la caridad; a los artistas que interpreten las reservas del alma y no la soberbia de las pasiones; a los educadores que son colaboradores con el único Maestro; a la juventud que no hay fortaleza sin virtud, ni elegancia moral sin la gracia de Dios; a los pecadores que el pecado es triste y alegre la reconciliación; a los sabios que el dedo de Dios se descubre en todas partes; a los navegantes que María es la estrella de los mares; a los encarcelados que Jesucristo puede y quiere consolarlos encarcelándose con ellos; a las viudas que sólo el Señor las conservará dignas en la fortaleza y la piedad; a los ancianos que su edad marchita es lámpara que se apaga para encenderse en la lumbre de la Luz indeficiente; a los pródigos que existe el banquete de la Eucaristía en la casa paterna; a los religiosos que sus tres votos serán la

El Papa Como Centro de Unidad

triple corona en los alcázares del cielo; a los Prelados que sus martirios prueban sus almas y santifican la grey; a los cismáticos que el redil tiene abiertas las entradas y hay luz en la heredad.

El cisma ya no tiene razones ni pretextos de existir. La unidad está en el Vaticano. Nuestro Señor ha colocado sobre la colina sagrada al Dulce Cristo que extiende sus brazos y bendice con la unción del Divino Maestro.

Los que fueron a Roma y oyeron al Papa o le vieron bendecir con aquel gesto magnífico de los brazos en cruz, vinieron afirmando: Nuestro Señor estaba con El y hablaba por sus labios.